

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

N.º 377

25 Cts.

EB.



**Locuras
de Carnaval**

por
Harry Liedtke
FilmoTeca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

Redacción { PASAJE DE LA PAZ, 10 bis
Administración { Teléfono 18551

Año VII BARCELONA N.º 377

Locuras de carnaval

(FASCHINGSZAUBER, 1927)

Comedia dramática, interpretada por

HARRY LIEDTKE y GRETA MOOSHEIM



SUPERPRODUCCIÓN "AAFA"

Exclusivas

MUNDIAL-FILMS

(Rodrigo Soler)

Mallorca, 209 — Barcelona

Con esta novela se regala la fotografía de
MARY KID



LOCURAS DE CARNAVAL

Argumento de la Película

¡Carnaval! Esa es la época en que los hombres gustan de resarcirse en unos días de la seriedad de todo el año, y bajo los disfraces arbitrarios, bajo las caretas grotescas, resuenan los cascabeles de la locura.

Una de las mayores locuras del Carnaval era la elección de reina de la Belleza en el baile de la Opera, de París. Quedarían trescientas mujeres descontentas para una sola que ni siquiera sería feliz, porque su triunfo le parecería la cosa más natural del mundo.

En uno de los pabellones, presenciando el maravilloso espectáculo del baile se hallaba una elegante mujer con dos caballeros. Estos eran como dos gotas de agua: Tomás y Tomé Smith, padre e hijo, tan idénticos, que al mirarse el uno al otro era como si vieses su propia imagen reflejada en el espejo.

Ambos estaban enamorados de la mujer a quien acompañaban: Wanda Patrick, una multimillonaria yanqui que creía de buen

tono derrochar en París los millones que en Chicago ganó su padre.

—¿Saben ustedes si el jurado ha procedido ya a mi elección? — les preguntó.

—¡Aun no!...

—¡Aun no!...

—Como yo quiero ser reina a toda costa, he prometido un cheque a algunos miembros del jurado — siguió diciendo Wanda.

Estas palabras acababa de oírlas un caballero desde un palco contiguo. Se trataba de Andrés Foxter, rico, fuerte y saludable que no se divertía como el resto de los hombres. Su temperamento inquieto, ávido de todos los paisajes y de todos los climas, le llevaba a viajar constantemente como si la Tierra fuese pequeña para él. Ahora había aceptado por compromisos de amistad ser miembro del Jurado para la elección de reina de la Belleza.

Al escuchar las imprudentes palabras de Wanda, Andrés inclinóse para ver quien era la que hablaba de aquel modo. Wanda le miró también y al reconocerle como a uno de los miembros del jurado, pareció turbarse y bajó los ojos... ¡Aquel hombre era de los incorruptibles, de los que nunca se vendían! ¿Habría sospechado la combinación?

El jurado fué a reunirse en una de las salitas para dictar su veredicto.

Los Smith aguardaron ante la puerta, ávidos de conocer el resultado.

El presidente del jurado que era uno de los favorecidos por Wanda, dijo:

—Señores, en este caso, la unanimidad es indispensable... una disparidad de criterios conduciría al caos... ¡Yo propongo a Miss

Wanda Patrick! Si hay entre nosotros alguno que no esté conforme, que se sirva darse a conocer.

Andrés Foxter tomó la palabra.

—Yo acabo de oír a Miss Wanda vanagloriarse de haber comprado su elección... y esto me parece un poco fuerte, la verdad, señores jurados... Bien están las bromas de Carnaval... pero, ¡caramba!, eso ya es demasiado broma.

Las palabras de Andrés levantaron numerosas protestas, todos negaron haber recibido dinero, pero para evitar todo género de duda, optaron por no votar a Wanda.

Los Smith fueron a comunicar a Wanda la denuncia de Andrés.

—¡El cheque les choca! ¡El cheque les choca! — dijeron.

¡Momentos de ansiedad! Las aspirantes a beldades oficiales luchaban con un enemigo terrible: los nervios.

—¡Estoy que salto! ¿Seré reina, no lo seré? — decían.

Aparecieron los jurados en un palco y el presidente hizo uso de la palabra:

—Por unanimidad, el jurado ha proclamado reina de la Belleza...

—¿A mí?

—¿A mí?

—¿A mí? — repitió Wanda.

Y todos pensaban ya tener el cetro y la corona soñadas.

—¡A la señorita María Desroses! — dijo el presidente.

Y señaló a una de las muchachas disfrazadas.

El desencanto de las demás fué enorme. ¡Otro año sin gloria! Tal vez el próximo...

Wanda, acostumbrada a hacer todos sus caprichos, se mordió los labios de despecho.

Retiróse, indignada, anargada por la derrota y por la inutilidad de sus prodigados cheques.

Al salir topóse con Andrés Foxter y comprendiendo que ese hombre era el causante de lo sucedido, le increpó con dureza:

—Es a usted a quien debo la afrenta, ¿no?

Andrés sonrió y sin seducirle la belleza de su interlocutora, contestó con firmeza:

—Señorita, yo soy un poco romántico y lucho por conservar viva la llama de la ilusión en cosas que el dinero no puede comprar...

—¡Espero poder demostrarle, a sus expensas que todo tiene su precio, señor!

—Sentiré mucho no poder prestarme a la experiencia, señorita, porque mañana parto para Mongolia.

Y saludándola con gran frialdad, se alejó de ella.

Y Wanda salió de la Opera con un orgullo de reina que le han arrebatado el trono y mantiene enhiesta su arrogancia.

Murió el Carnaval y sobre su última carcajada tendió su manto de melancolía el miércoles de Ceniza.

Algún tiempo después, una reunión de acreedores tenía lugar en la mansión del tío de Andrés Foxter, repentinamente arruinado.

El notario de la familia Foxter comunicó con voz velada:

—Señores, tengo el sentimiento de manifestarles que el señor Ernesto Foxter no ha podido resistir el dolor de su ruina. Una embolia acaba de poner fin a sus sufrimientos...

José y Francisca eran los dos fieles criados de la familia Foxter, a quienes los años pasados en la casa hacían sentir como propias las penas y las alegrías de sus señores.

Los acreedores querían cobrar de todas maneras y el notario logró calmar sus impacencias hasta comunicar lo que sucedía a Andrés Foxter que se hallaba viajando por el extranjero.

Unos días después recibía como contestación este cablegrama:

Expedición Foxter partió hace dos semanas con destino desconocido. Imposible comunicar con ella.

Consulado Mukden (Asia).

—Con su fortuna particular, Andrés podría salvar la situación — se dijo el notario... — pero sin instrucciones de él no me queda más remedio que vender esta casa.



—Sentiré mucho no poder prestarme a la experiencia, señorita...

Y la mansión se vendió a una dama extranjera, Wanda Patrick, y el producto de la venta permitió pagar a los acreedores hasta el último céntimo.

José y Francisca tuvieron que abandonar

con lágrimas en los ojos aquella casa que les había visto envejecer.

Pasaron los meses...

Y mientras el calendario volvía a marcar la fecha del Carnaval, el expreso de Oriente devolvía a París a Andrés Foxter, el viajero de todas las rutas... bien ignorante por cierto del drama que se había desarrollado en su ausencia.

Lucia Wallon era la pianista del Cabaret Confetti, un pequeño establecimiento, de los suburbios.

Vivía con sus abuelos en una casita de las afueras de la ciudad, hasta donde llegaba muy apagado, como un rumor de colmena, el ruido de la gran urbe.

—Como esta noche hay fiesta hasta la madrugada, no volveré hasta mañana — dijo a los viejos, al despedirse—. Y como hoy la paga será doble, habrá una sorpresa para cada uno de vosotros...

Subió al tren que en menos de media hora la conduciría a la capital. Al llegar a una pequeña estación del trayecto el convoy tuvo que pararse por no estar la vía expedita.

El expreso de Oriente que también iba hacia la capital se detuvo igualmente en aquella estación, paralelo al tren en que viajaba Lucia.

Andrés asomóse a la ventanilla y vió frente a él en el otro tren, a una muchacha, Lucia, que acababa de bajar el cristal y miraba igualmente al exterior.

Le gustó aquella criatura de ojos humildes, de rostro pálido y delicado. La sonrió, pero Lucia ocultóse de nuevo en el vagón y tomó asiento esperando que se reanudase la marcha.

Andrés no carecía de decisión. Apeóse del

tren y subió al de la joven viajera. Tendría tiempo de sobra antes que arrancase el convoy.

Entró en el vagón y sentándose frente a Lucia la saludó con cordialidad. Lucia le reconoció y en el fondo de su alma admiró la austeridad de aquel caballero elegante.

—¡Señorita, disculpe mi atrevimiento!— dijo Andrés—. ¡Yo vuelvo de Shanghai... usted representa para mí la patria encontrada, después de muchos meses de ausencia! Me llamo Andrés Foxter...

Ella sonrió y con la sencillez de las almas ingenuas repuso:

—Pues... yo... soy... soy... Lucia Wallon, pianista en el cabaret "Confetti".

—Debe usted tocar el piano como los propios ángeles....

—¡Oh, usted me confunde, señor!...

Y mientras Andrés parecía cada vez más entusiasmado con la joven Lucia, el tren de Oriente reanudó su marcha.

Al verlo partir, Andrés cruzó los brazos con disgusto.

—¡Válgame Dios! ¡Tengo mis maletas en el expreso de Oriente!... ¡Tal vez las pierda!...

—Ha sido una imprudencia moverse de su tren — dijo Lucia, sonriente.

—¡No me arrepiento de ello!... Así he tenido la ocasión de poder hablar con usted... Y al fin y al cabo ¿qué importa ello? ¿No va este tren a París? Pues haré el resto del viaje en su compañía, ¿quiere?

Y la media hora escasa que faltaba para llegar a la capital la pasaron en animada charla.

Al llegar a la estación, Andrés se despidió

de Lucía prometiendo ir luego a verla al cabaret "Confetti".

Y la muchachita partió por las calles de París, sumidas en la luz tenue del atardecer, con el corazoncito palpitante por las palabras de miel que había vertido el mozo...

Andrés Foxter encontró con facilidad su equipaje y, naturalmente, supuso que con la misma facilidad encontraría su domicilio.

Dirigióse, pues, a la casa de su tío, que era donde él tenía su residencia cuando se encontraba en París.

Llamó varias veces sin obtener la menor respuesta. Al convencerse de que la casa estaba desierta se dirigió inmediatamente a casa del notario, el hombre de confianza de la familia.

—Pero, querido notario, ¿qué sucede que no hay nadie en mi casa? — le preguntó.

El notario respondió moviendo tristemente la cabeza:

—Es verdad que tú lo ignoras todo... ¡Tu casa, es decir, la de tu tío, ha sido vendida!...

—¿Por qué?

—¡Tu tío se arruinó en el negocio de los Bancos de exportación... y no pudo sobrevivir a su ruina!...

—¿Y cómo no se me ha dicho nada de esto?

—¡Te cursé a lo menos diez cablegramas!... ¡Imposible encontrarte; nadie daba noticias de ti!

—¡Es natural!... ¡Si estuve semanas y semanas bloqueado en el Yang-Tsé, cerca de Shanghai!...

—Debes comprender que yo, con la mejor intención, hice lo único posible en tu ausencia...

—¿Cómo lo arregló usted?

—Se vendió la casa y se pagó a todos los acreedores, dejando así limpio de toda mancha el nombre de tu tío...

—¡Hizo usted perfectamente! ¡Pobre tío!... Pero he de confesárselo a usted, siento en el alma haber perdido la casa. ¡Tenía para mí tan gratos recuerdos, allí pasé mi infancia y mi primera juventud!...

—¡Tranquilízate, Andrés... todo podrá arreglarse!... La casa de tus mayores volverá a tu poder; tu fortuna personal te permite comprarla y yo voy a hacer las gestiones necesarias sin pérdida de tiempo.

—¡Se lo agradeceré a usted mucho!...

Salió de casa del notario y olvidando en un momento las tristes preocupaciones volvió a recordar a la muchacha del tren...

Y encaminóse, interesado por los ojos puros de Lucía, hacia el cabaret donde ésta ejercía de pianista.

En el cabaret "Confetti" la risa no costaba un dineral como en los "dancings" del centro, sino que tenía un precio módico, en consonancia con el bolsillo de los clientes.

Andrés entró en aquel humilde establecimiento, lleno de una concurrencia abigarrada.

Paseó sonriente por el local contemplando de lejos a Lucía que tocaba el piano acompañando a unas bailarinas que en el tablado danzaban estrambóticamente.

Lucía había visto a Andrés y su corazón de muchacha ingenua tembló al ver a aquel hombre.

Nerviosa, febril, tocaba el piano con extraordinaria desafinación, equivocando las notas a cada momento...

¡Tenía el pensamiento lejos del pentagrama!

—Pero, ¿qué hace usted? — le dijo el violinista—. ¿En qué está usted pensando, Lucía?

—¡Oh, en nada... en nada!

Y seguía acariciando las teclas con la torpeza de un ignorante.

Andrés sonreía... ¡Qué bonita era su nueva amiguita!

Se iniciaron varias protestas en el local.

—¡Esa chica se ha vuelto loca! — decían los parroquianos —. ¡Está tocando con los pies!

El dueño del cabaret se encaminó furioso al encuentro de Lucía.

—¿Quién te ha dado permiso para hacer en mi casa música cubista? ¡Me has puesto en ridículo!...

—¡Señor Max!

—¡Estás despedida! ¡Mañana mismo saldrás de mi establecimiento!...

La joven se levantó y echándose a llorar se metió en su camerino. Acudió allí también el dueño siguiendo con sus recriminaciones... Andrés, indignado por lo que había sucedido, entró en la habitación.

—¡Esta señorita marcha ahora mismo conmigo! — gritó.

—¿Y usted quién es para meterse en lo que no le importa?... ¡Los dos están de más aquí!... ¡Largo! — dijo el dueño.

Cogiendo el sombrero y el abrigo de Lucía lo echó a sus pies y le señaló la puerta.

Andrés envolvió en una mirada burlona a Max, recogió las prendas de Lucía, se las entregó a la joven y dijo al dueño del cabaret:

—Yo me hago cargo de esta señorita, ¿entiende?

Y dando el brazo a Lucía abandonó el cabaret "Confetti"...

Lucía le miraba sorprendida, feliz al propio tiempo de que aquel elegante caballero se interesara por una criatura tan poquita cosa como ella.

Había cerrado la noche... Hacía frío y comenzaban a caer algunos copos de nieve...

—Para colmo de desdichas, es muy tarde ya y no tengo tren para volver a mi casa — dijo Lucía.

—¡Mejor que mejor! ¿Tiene usted confianza en mí?

—¡Sí! — respondió con firmeza.

—¡Pues entonces tenemos toda la noche por delante para festejar dignamente el Carnaval!

—¡Se aburrirá usted a mi lado! — dijo ella con una sonrisa triste—. ¡Yo soy de esas pobrecitas muchachas que no tienen derecho ni a divertirse!...

—¡Está usted equivocada! ¡Nadie mejor que usted para ser feliz!...

Habían llegado ante un café...

—Entremos un momento ahí y tomaremos algo caliente...

Entraron en el local...

Los dueños de aquel establecimiento eran nada menos que José y Francisca, los antiguos criados de Foxtor que conocían a Andrés de pequeño.

Despedidos desde la venta de la casa habían empleado sus ahorros en instalar un pequeño café que era ahora un refugio amable, algo así como un remanso acogedor en medio de las aguas tumultuosas del Carnaval...

La sala estaba desierta... Una mujer, una camarera ya entrada en años, les sirvió el café...

Desconocía Andrés quienes eran los dueños... Pero de pronto escuchó voces que disputaban en la cocina y reconoció en la disputa a sus antiguos criados.

Levantóse y asomóse a la ventana de la cocina. En efecto, allí estaban los dos viejos riñendo porque José acababa de romper un plato...

—¡No me había equivocado! — dijo Andrés

soltando una carcajada—. ¡Si son José y Francisca!

—¿Usted, señorito Andrés? ¿Usted?

Le estrecharon emocionados la mano... ¿Cómo había ido a parar a aquel café, cómo?

Andrés les señaló risueño a Lucía que estaba en una mesa distante saboreando un café con leche.

Los antiguos sirvientes se echaron a reír... ¿Conquistas de Carnaval? ¡Ah, señorito! ¡Quién pudiera volver a ser joven!

—¡Oídmel! — dijo Andrés, sonriendo con misterio—. Vosotros conoceréis sin duda un medio para entrar en mi antigua casa sin tener que utilizar la llave... No vive nadie en ella... Lo sé... ¿Puedo contar con vuestra ayuda?

—¡Pero, señorito!!

—No penséis nada malo... Es para distraer a esa pobre muchacha que viene conmigo... No arriesgáis nada, os lo aseguro... Además, yo estoy haciendo gestiones para comprar de nuevo la casa...

José y Francisca hablaron algo entre sí y acordaron acceder a lo que pedía el señorito... ¡Irian a la casa, saltarian por una ventana!... ¡Nada le podían negar a su antiguo amo!

Andrés volvió al lado de su amiguita y la dijo:

—Hace un momento, no tenía domicilio... pero acabo de encontrarlo.

—¿En la trastienda, quizás? — contestó riendo.

—Señorita, no se burle usted. De la conversación que he tenido con los dueños del

café, acabo de encontrarme poseedor de un palacio... ¡Y la invito a visitarlo!

—¿Se ríe usted de mí o es que empiezan las bromas de Carnaval? — dijo ella, creyendo que el muchacho quería divertirse.

—¿Quiere usted apostarse... un beso a que es verdad lo que le digo?

—¡Sí... porque perderá usted!

Y salieron encaminándose lentamente hacia la casa de él.

* * *

Francisca y José habían llegado poco antes y cuando Andrés y Lucía llamaron a la casa, los criados les abrieron la puerta. Penetraron en un magnífico hall.

Lucía estaba asombrada... Parecía una niña a quien viene un hada a obsequiarla con algo maravilloso.

—¿Era verdad o no que tenía un palacio? — decía Andrés.

—¡Sí!... ¡He perdido... y voy a pagar! — respondió la jovencita, sonriente.

Y le besó con timidez, pero Andrés sostuvo durante un buen rato el beso prometido...

Andrés dió orden a José de que preparasen una buena cena...

Y con Lucía visitó las regias habitaciones de la casa, sintiendo un leve matiz de emoción al pensar que nada de aquello era por el momento suyo.

Lucía, alma de niña, palmoteaba de júbilo ante las riquezas que allí se atesoraban.

—¡Todo es tan hermoso como en el cine!... ¡Me parece un sueño! — exclamaba.

—¡Pues es una realidad!

Se trasladaron al comedor y cenaron de modo espléndido... Lucía seguía asombrada de que todo fuera verdad.

—¡Es demasiado bello lo que me ocurre! — decía—. ¡Tengo miedo del despertar!... ¡Mañana todo me parecerá más gris y más triste!

Andrés reía... Se iba sintiendo enamorado de aquella muchachita delicada y pobre, pero, como era un perfecto caballero, se juraba a sí mismo respetarla...

—¡Quién piensa en mañana! — dijo él! — ¡Hoy es lo que nos interesa! ¡Vivamos el momento presente! ¿No quieres darme un beso en pago de todo?

—¡Sí... sí!...

Y se besaron largamente... y Andrés se sentía pagado con esos labios jóvenes que le ofrendaban su miel.

Lucía como si jugase a "persona mayor", dijo palmoteando de alegría:

—¡Es verdad... sigamos las locuras! ¡Vamos a imaginar que somos marido y mujer!

Iban a jugar como si fuesen dos chiquillos.

—¡Ya verás cómo distribuiremos las horas del día! — dijo Lucía—. ¡Soñemos un poco nuestra vida, lo que haríamos si estuviésemos casados!

Luego, añadió, riendo:

—Ahora a dormir, que ya es hora...

Puso dos butacas una junto a la otra, y los dos jóvenes se sentaron en ellas y cerraron los ojos como si se entregasen al sueño...

Cinco minutos después Lucía se levantó y adelantó el reloj que marcaba las doce de la noche hasta ponerlo a las ocho de la mañana.

—¡A levantarse, caballerito, que ya son las ocho! — dijo, siguiendo la comedia.

El fingía dormir mientras tenía que contenerse para no estallar en una carcajada.

Lucía le zarandó diciéndole:

—Pero, ¿quiere usted despertarse o no, señor perezoso?

—¡No puedo despertarme hasta recibir un beso por lo menos!...

—¡Toma, pero despierta!...

Le dió un beso y Andrés se levantó siguiendo la infantil farsa.

—¡Ahora a tomar el baño! — dijo Lucía.

Se dirigieron al cuarto de baño, y vestida como iba, Lucía se tendió en la bañera sin agua permaneciendo allí unos minutos y salió luego envolviéndose en un albornoz que le tendía Andrés...

Mofándose de su propio juego llamaron al criado José, y Lucía le dijo:

—José, haga entrar ahora a la masagista y dígame al peluquero que le recibiré al mismo tiempo que la manicura. Acabo de tomar un baño y...

El criado volvió a la cocina, horrorizado...

—¿No sabes, Francisca?... ¡Los señoritos se han vuelto locos... pero locos de remate! — dijo.

Luego los jóvenes volvieron al salón e improvisaron una especie de automóvil en un

diván poniendo junto a él unas grandes bandejas de plata a modo de ruedas...

Eran como dos niños que juegan a personas mayores.

—¡Aquí tienes el "Rolls"! — dijo Lucía—. ¡Ahora vamos a devorar kilómetros!

Y sentados los dos en el diván simularon que iban en coche hasta que de pronto ella dijo poniéndose las manos a la cabeza:

—¡Una panne! ¡Qué contrariedad!

Examinaron una de las bandejas-neumáticos y Lucía tocó el timbre para llamar a José que viniera a arreglarlo.

Pero José seguía en la cocina creyendo que los señoritos estaban dementes.

—¿Es que no vienen?—dijo Lucía enfadada.

—¡No te molestes en llamar más! ¡José debe creer que estamos algo chiflados!

Ella se echó a reír y Andrés la besó diciéndole:

—¡Eres la mujer de mis sueños, Lucía!...

¡Tan dulce, tan risueña, como yo siempre la había soñado!

—¡Sigamos la comedia, sigamos!

De pronto dejóse oír en un altavoz que allí había sobre la mesa unas palabras:

—¡Atención... aquí... Radio Universo!... ¡Atención, señores radioescuchas! ¡Van ustedes a oír el "Carnaval de Venecia" por la orquesta napolitana del Quirinal de Roma!

Y los dos escucharon complacidos la dulce melodía...

—Ahora vamos a vestirnos para el baile — le dijo Andrés—. ¡Ya verás como nos divertiremos!...

—¡Pero yo no sé bailar, Andrés!...

—¿Y qué importa? ¡Y oyeme, yo te quiero

con toda mi alma! ¿Me quieres un poco, Lucía?

—¡Con toda mi alma! — repuso ella... hablando en serio.

Andrés fué a registrar unos armarios y encontrando un traje de disfraz se lo dió a Lucía.



...simularon que iban en coche...

—¡Vístete... y simularemos ir al baile! ¡Te aguardo en la salita del piano!

Andrés desapareció...

Pero en la calle ocurrían cosas más reales que los ensueños que los jóvenes vivían en el interior.

Un automóvil en que iban Wanda Patrick

y sus eternos enamorados Smith, padre e hijo, había pasado ante la casa que la americana había comprado.

Wanda vió luz en una habitación y exclamó con gran extrañeza:

—¡Qué raro! ¿Quién puede estar ahí?... ¡Aguarden ustedes!

Y como era una mujer decidida hizo parar el *auto* y se dirigió a la casa de su propiedad. Llevaba la llave consigo y abrió la puerta.

Extrañada de que alguien habitara aquella mansión penetró furtivamente por los salones hasta entrar en la estancia donde Lucía se hallaba acariciando el disfraz.

Las dos mujeres se miraron con la más honda sorpresa. Lucía, atemorizada, exclamó:

—¡Oh! ¿Quién es usted, señora?

—¿Qué hace usted aquí? — gritó Wanda, indignada. ¡Salga usted inmediatamente de mi casa! ¿Cómo se ha atrevido? ¡Qué escándalo!

¡Terrible despertar! La jovencita la miró asustada y dijo, creyendo en una realidad todavía más cruel:

—¡Perdóneme, señorita... yo... yo... no sabía que él estaba casado!

—¿Qué dice usted? ¿Se ha vuelto loca?

Pero Lucía ya no la oía y desesperada, avergonzada de su conducta y de haber creído en las palabras de Andrés, huyó velozmente...

Wanda no salía de su asombro. ¿Qué significaban las frases de la joven?

Percibió los primeros sonidos de un piano y de puntillas se dirigió hacia aquel lugar. Su sorpresa fué inmensa al ver a Andrés Foxtter, el hombre que un año antes la había ofendido, instalado en su casa.

Tuvo un plan... Inmediatamente se vistió

el disfraz que Lucía había dejado y cubriéndose con un antifaz penetró en el salón.

Andrés, que ignoraba todo lo ocurrido, creyó que tenía ante él a Lucía y yendo a su encuentro la abrazó y la dijo:

—¡Qué bonita eres... qué bonita... y cuánto te quiero!

Ella sonriente contestó:

—¿No me has conocido bien? ¡Yo también te amo!

Su voz era distinta... Andrés comprendió que se hallaba ante otra persona...

—Pero, ¿quién es usted? — le dijo.

Ella se arrancó el antifaz y contestó:

—¡Soy... Wanda Patrick!...

—¿Usted? ¿Y qué hace aquí?... ¿Dónde está Lucía, dónde está mi Lucía?

—¡La he arrojado de mi casa, señor!...

—¡De su casa!...

—¡Sí!... ¡Quizás usted ignore que mi dinero me permitió comprar esta mansión!

—¡Oh, qué cosas hace Dios! ¡Lucía... Lucía!

Y sin querer atender a nuevas palabras de Wanda marchó a la calle en pos de la desventurada jovencita.

—¡Lucía, Lucía! — seguía clamando.

La jovencita había caminado a la ventura teniendo que librarse de grupos de máscaras que querían que fuese con ellas.

Dolorida, sintiéndose enferma por el desengaño, pues creía que Andrés era casado, la pobrecita muchacha no pudo resistir más su pena y cayó desvanecida en un jardín público.

Allí la encontró al cabo de largo tiempo, Andrés Foxter, cubierta por un sudario de nieve.

Viendo que su cabeza ardía, que sus dientes

castañeteaban, la cogió en brazos y la volvió a la casa que ahora era de Wanda... Aquella muchachita necesitaba meterse en cama, inmediatamente... No le importaba que Wanda fuera la dueña allí... El lo había sido antes y lo sería mañana...

Wanda se estremeció al ver volver a Andrés



...cubierta por un sudario de nieve...

con la joven, pero nada dijo, y abandonó el palacio...

Francisca metió en el lecho a la pobrecita Lucía que temblaba de alta fiebre.

Y se deslizaron largas horas de angustia, de incertidumbre, mientras que por el cerebro de la enferma cruzaban visiones de delirio.

—¿Pero dónde estoy? — dijo al abrir los ojos y encontrarse ante Andrés y otro caballero, un médico que había sido llamado con urgencia—. ¿Quién es usted?... ¿Y esa mujer?... ¿Dónde está... dónde?

La noche, la mañana y la tarde transcurrieron en infinita angustia. Andrés no se movía de la cabecera.

—¡Es una congestión pulmonar!—había dicho el médico—. ¡Si la fiebre no disminuye, está perdida!

Por la tarde llegaron los abuelos de Lucía, advertidos por Andrés de lo sucedido, gracias a haber encontrado su dirección en el monedero de la joven.

Y aguardaban en la antesala juntamente con Francisca y José, esperando llenos de tristeza, el desenvolvimiento de la inesperada dolencia.

Andrés continuaba al lado de la muchacha, prodigándole sus ternuras, su cariño. Ante el dolor de perderla aumentaba el amor que por ella sentía.

—¡Tengo miedo, Andrés! — le dijo Lucía, de pronto—. Veo como entre sueños... a una mujer muy mala que quiere separarnos...

—¡Cálmate, Lucía!... ¡Te conviene descansar! ¡Reposa y te aliviarás!

Wanda, en un hotel que ocupaba, se había vestido un precioso disfraz y decía a unos amigos:

—Este disfraz es el que llevaré esta noche en el baile de la Opera... Este año no me sucederá lo mismo que el pasado. Seré reina, pues he tenido buen cuidado de asegurarme la elección...

Después, movida por un plan perverso se

dirigió a la casa que ocupaban accidentalmente Lucía y Andrés.

¡Qué deseos tenía de echarles a todos de allí! Ordenó a José llamase inmediatamente a Andrés.

Este, que seguía al lado de la enferma, acudió a la salita donde Wanda aguardaba.

Con una sonrisa de despreocupación, Wanda le dijo:

—¡Señor, ruego a usted y a las personas que le acompañan, salga de mi casa en seguida!...

—Pero, señorita — dijo Andrés, angustiado—, hay aquí una persona gravemente enferma... ¡Para que no se vea obligada a salir, yo le compro a usted esta casa al precio que usted quiera!

—Señor mío, yo reconozco ahora que hay algunas cosas que el dinero no puede comprar... y esta casa es una de ellas.

Andrés la miró con dureza. Se acordó de que palabras idénticas había pronunciado él un año antes...

—¡Voy a hacerle una proposición! — dijo Wanda—. Yo dejo esta casa a su disposición si me acompaña usted esta noche al baile de trajes de la Opera... ¡Quiero que asista usted a mi triunfo, pues hoy tengo la absoluta seguridad de ser elegida reina!

Deseaba humillarle para que él viese su victoria...

—¡Pero señorita... comprendalo usted... tengo que permanecer aquí!... ¡Lucía se está muriendo!

—¡Acepte usted... y no me obligue a recurrir a la policía para que sea desalojada mi casa! — gritó, iracunda.

Salió de allí; Andrés quedó turbado, vacilando, pero comprendió que si no accedía a los deseos de ella, le expulsarían del palacio.

Dirigióse a la habitación donde aguardaban los abuelos de Lucía y dijo:

—¡Dispénsenme ustedes... tengo necesidad de salir!...

Y ante la sorpresa de todos abandonó la mansión...

* * *

Lucía se había levantado de la cama... Sentía que se ahogaba... Paseaba por el salón llamando desolada a Andrés como si éste fuera el nombre más querido de su alma.

Sus abuelos, los criados y el médico la rodeaban rogándole se volviese al lecho. Pero ella sólo pronunciaba un nombre:

—¡Andrés!

Y entretanto habían llegado Wanda y Andrés al baile de la Ópera, donde se celebraba un concurso sugestivo. El título de reina sería para la mujer que mejor vistiese la protagonista de una ópera conocida.

Andrés tenía el alma rota y deseaba marchar cuanto antes; ella saboreaba de antemano su triunfo...

Y allá, en la casa de Wanda, Lucía seguía paseando con desesperación. De pronto se escuchó la bocina de la radio y una voz dijo:

—¡Atención, señores radioescuchas!... ¡He aquí los ecos del baile de la Ópera!... Pasan ahora ante el Jurado la señorita Aurelia Dorlys en "Isolda"... Miss Wanda Patrick, vestida de "Carmen"... y acompañada del señor Andrés Foxter recientemente llegado de Asia.

Al oír aquellas frases Lucía destrozó el altavoz y dió un grito de desesperación.

—¡Abuela... abuela... qué desgraciada soy!... ¡Se ha ido al baile... y me ha dejado!

Lloraba con hondo desconsuelo. Los abuelos comprendieron que su nieta estaba enamorada de aquel misterioso protector e intentaron calmarla. Pero ella decía, excitada por la fiebre:

—¡Déjenme... déjenme... yo quiero ir a su lado!

—¡No... no, tú estás enferma, no puedes moverte! — le decía su abuela.

Pero la muchacha envolviéndose en un mantón y tocándose con su sombrero se dispuso a partir.

—¡Yo no quiero morir sin volver a verle!... ¡Déjenme ir! ¡Señor doctor, déjeme salir de aquí!...

Era tal el dolor de que daba muestras la pobre criatura que su abuelo llamó aparte al doctor y le preguntó:

—¿Cree usted que eso será prudente?...

—¡Es un caso que se puede decir perdido! — respondió el médico—. ¡No le rehuse esa última alegría!...

La muchacha fué autorizada para marchar y partió de la casa, temblando de frío y con el semblante febril y ojeroso.

En el Teatro seguía reinando loca alegría... Andrés estaba deseoso de regresar junto a Lucía. ¡Tal vez la pobre hubiese ya muerto! Pero Wanda sonreía, cruel.

—¡Señorita, se lo suplico, déjeme usted mar-



...Wanda Patrick, vestida de "Carmen"...

char!... ¡Comprenda usted mi situación!...

—¡Ya no faltan más que cinco minutos para mi elección! ¡Tenga usted un poco de paciencia! — contestó riendo.

El *speaker* seguía contando a Paris sus impresiones:

—¡El jurado está deliberando!... ¡El triunfo de Miss Wanda Patrick en "Carmen" parece asegurado!...

Los miembros del Jurado llegaron minutos después al palco principal. El presidente, ante la expectación de todos, comenzó a hablar. Wanda estaba segura de su victoria.

En efecto, el jurado había acordado concederle el premio.

—¡Señoras y caballeros! — dijo—. Por unanimidad el Jurado elige reina del disfraz... a...

Hubo un extraño movimiento en la sala resonando en el acto aplausos unánimes que interrumpieron al orador.

Una mujer, joven y pálida como la misma muerte, Lucía, acababa de entrar en el salón. Tambaleándose, avanzaba arrebujada en un mantoncillo y sus labios febriles palpitaban...

—¡Oh, Mimi!... ¡La Mimi de "La Bohème"! ¡El mejor disfraz! — gritaron cien voces.

¡Terrible error! ¡Aquellas gentes creían que el dolor de Lucía era fingido... y su tristeza y palidez, engaño de Carnaval!

Los miembros del jurado hablaron brevemente y el presidente dijo:

—El jurado elige a la que acaba de elegir el público con sus aplausos, a la humilde "Mimi" de "La Bohème"...

Sonaron nuevas ovaciones... Lucía, ajena a lo que sucedía, avanzaba buscando con los ojos a Andrés... Este acababa de descubrir quien era en realidad Mimi y se abrió paso hacia ella.

—¡Déjenme ir a ella!... ¿No ven que se está muriendo? — gemía.

La cogió como una pluma llevándola al foyer. Un médico certificó su gravedad. Ella había perdido el conocimiento... Andrés, loco de dolor, no se movía de allí...

La noticia de que "Mimi" estaba grave de veras había corrido como la pólvora entristeciendo a todos...

Iban marchando las últimas parejas...



—¡Yo no quería esto, Andrés, se lo juro!

Wanda acercóse a Andrés y le dijo tristemente:

—¡Yo no quería esto, Andrés, se lo juro!... ¡No podía suponer que las cosas iban a llegar a este extremo! ¡Perdóneme!

Y se alejó mientras Andrés marchaba a la

platea y se dejaba caer en una silla, con una inconsciencia absoluta.

Las primeras luces del alba cayeron como sudario sobre el Carnaval muerto y en el teatro vacío el drama caminaba hacia su desenlace...

Andrés se había dormido en la silla. Le despertaron. Era el médico que había visitado a Lucía en casa de Wanda y que temeroso de las consecuencias de aquella marcha al Teatro, había ido a enterarse de lo sucedido.

Andrés le contempló con horror y dijo:

—¡No... no me diga usted nada!... ¡Lo adivino... pero no quiero saberlo! Muerta, ¿eh?

—¡Escúcheme usted, tranquilícese!... ¡Está salvada!... ¿Me oye usted? ¡Salvada!... ¡La fiebre ha descendido mucho y yo respondo de ella!

—¡Gran Dios, gracias... gracias!

Y corrió al foyer donde Lucía, limpia casi de fiebre, sonrió al verle entrar.

—¡Lucía!... — clamó él besando sus manos... — ¡Salvada, al fin! ¡El sueño va a ser realidad! ¡Te convertiré en mi esposa!...

Ella le miró muy dulcemente... Rodaron lágrimas de sus ojos.

—¡Andrés! — suspiró—. ¡Te quiero!

Y se abrazaron con frenesí.

FIN

8. 19-2-6/8

EN BREVE
en las
SELECTAS EDICIONES ESPECIALES
de
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

LA GRANDIOSA NOVELA

CUATRO HIJOS

ASUNTO CONMOVEDOR
PRECIOSA NOVELA QUE
NADIE DEBE DEJAR DE LEER

